

— ¿Rehusas tu felicidad, Fafiou?

— ¡No, á fe mía, caballero! queda convenido, dijo alegremente el payaso; y si os he de decir la verdad entera, no me incomoda encontrar una ocasión de pagarle en su misma moneda al compadre Copérnico. Así que, os respondo que esta tarde recibirá los dos más lindos puntapiés en...

— Dos no, interrumpió vivamente Salvador; no te dejes arrebatar por la situación, Fafiou, uno solo.

— ¡Pues bien! uno solo; pero que valdrá por dos: os respondo de ello.

Y Fafiou hizo el gesto de un hombre que alarga un puntapié terrible.

— Eso es cuenta tuya, respondió Salvador; pero uno solo.

— Sí, uno solo, está dicho, ¿vos no necesitáis más que uno?

— No necesito más que uno solo.

— ¿Qué diablo queréis hacer de él?

— Ese es mi secreto, Fafiou.

— ¡Pues bien! entonces no recibirá más que uno, plan: y renovó su gesto agresivo.

— Eso es.

— ¡Oh! estoy viendo desde aquí la figura del patrón. Decid, ¿puedo saltar inmediatamente del tablado abajo?

— No veo inconveniente en ello.

— Es que yo conozco al tío Copérnico, y el primer momento será terrible.

— Sí, pero treinta francos al mes y la mano de Missette...

— Bien vale eso que se arriesgue algo.

— ¡Pues bien! chico, ve á repasar tu papel, y haz de

modo que tu puntapié final suceda de las seis y media á las siete menos cuarto.

— Mr. Salvador, á las seis y treinta y cinco minutos daré la respuesta á maese Copérnico.

— Bien, Fafiou, y gracias.

— ¡Adiós, Mr. Salvador!

— ¡Adiós, Fafiou!

Y el payaso, después de haber hecho un respetuoso saludo á Salvador, se alejó del misterioso mantadero, cantando un antiguo estribillo del teatro de la Foire, con el ánimo alegre y el corazón contento, como si acabase de saber que la reina Tamatava había sido definitivamente comida por el tigre real de Bengala ó el gran león de Numidia.

Salvador, por su parte, le miró alejarse, con una mirada bien diferente de la que había lanzado dos horas antes sobre Guisote y su flemático deudor.

Pero abandonemos á Salvador para seguir á Fafiou, y vamos, si queréis, queridos lectores, á asistir en el boulevard del Temple á la función que la multitud entusiasta aguarda impacientemente, á cien leguas, sin embargo de prever (así lo creemos al menos) el desenlace no acostumbrado, cuyo autor es Salvador.

## CAPÍTULO XI.

### PERFIL DE GALILEO COPÉRNICO.

Los tablados del señor Galileo Copérnico estaban situados, como hemos dicho, en el espacio que se extendía entonces, y aun se extiende hoy, desde el teatro de Mad. Saqui,

hoy teatro de los Funámbulos, al teatro del Circo Imperial, llamado en otro tiempo Circo Olímpico, ó más popularmente, Circo Franconi.

Aquellos tablados, elevados á una altura de cinco ó seis pies, tenían por horizonte una inmensa tela pintada, dividida en muchos compartimentos, que representaban mujeres colosales, negros, blancos, gigantes, enanos, focas, sirenas, riñas de gallos, escorpiones tragando búfalos, un esqueleto tocando la tiorba, Latudé escapándose de la Bastilla, Ravailac asesinando á Enrique IV en la calle de la Ferronnerie, en fin, el mariscal de Sajonia alcanzando la victoria de Fontenoy.

Las batallas de los tiempos de la república y del imperio estaban prohibidas expresamente.

En fin, una colección de todas las telas pasadas y presentes, de todas las ferias conocidas estaban colgadas en las vergas de los tablados, y se balanceaban á impulso del viento como velas latinas.

Esto hacía que el establecimiento de Mr. Galileo Copérnico se pareciese á un junco chino navegando en el Océano de la multitud.

Aquellos tablados (hay necesidad de volver á ellos); aquellos tablados, que presentaban una superficie practicable de seis ú ocho pies de ancho y unos veinte de largo; aquellos tablados estaban espléndidamente iluminados por un juego de catorce lamparillas, de las que se desprendía un humo espeso, que se elevaba como un peristilo de aquel templo consagrado al dios del arte.

Habiaselas encendido á las cinco, después de una honra de espera, y la vista de aquella iluminación había calmado un poco á la multitud, que aguardaba ya desde las cuatro; pero como iban ya veinte minutos que las lamparillas es-

taban encendidas, y ardian y humeaban, y á pesar del cartel que anunciaba positivamente para las cuatro en punto la *Gran función entre Mr. FÉNIX FAFIOU y Mr. GALILEO COPÉRNICO*, nadie parecía; la multitud, aun cuando no pagase en manera alguna, lanzaba gritos de indignación y hurras de furor.

Por lo demás, he notado una cosa desde que trabajo para el teatro, y que muy humildemente someto á la apreciación de los filósofos, y al análisis de los sabios, y es, que cuanto menos ha pagado un espectador, es más exigente, y que en las primeras representaciones, la críticas más amargas y los silbidos más encarnizados proceden casi siempre de los que no han tenido el trabajo de echar la mano al bolsillo del chaleco para entrar.

La multitud, pues, que esperaba hacia una hora y veinte minutos, y que aquella tarde, no se sabe por qué, era tres veces más numerosa que de ordinario, se creía con derecho á protestar contra aquel crimen de *lesa multitud*, con gritos amenazadores y juramentos tomados de los diferentes diccionarios picarescos que corrían en aquella época, y que se habían publicado para el uso de los jóvenes de buenas familias.

Por último, á eso de las cinco y media, el mismo señor Galileo Copérnico, oyendo los gritos de indignación lanzados por los espectadores, que nada veían, por los oyentes, que nada oían; Mr. Galileo Copérnico, decimos, juzgando por el balanceo impreso á su barraca, que la tempestad era seria, y que la multitud comenzaba á tornarse borrascosa; Mr. Galileo Copérnico, repetimos, apareció, en fin, sobre los tablados vestido con su traje de Casandro.

Pero aquella vista que se hubiera creído deber calmar la agitación, pareció, por el contrario, aumentarla: á pesar

de la majestad con que el señor Galileo Copérnico se presentaba á la muchedumbre, estalló ésta en gritos y en silbidos; gritos tan violentos, silbidos tan agudos, que el desgraciado saltimbanquis no pudo, durante cinco minutos, articular una sola palabra.

Viendo esto, reunió sus dos manos en forma de embudo delante de su boca, pidiendo en el interior un objeto cualquiera, que le pasó la mano blanca de la señorita Musette.

Este objeto era una llave de puerta cochera, cuyo sonido dominó bien pronto de una manera tan triunfante los silbidos de la multitud, que ésta, maravillada, se calló, dejando á maese Galileo Copérnico silbar solo.

• Hubiérase dicho que era un solo de boa en medio de un concierto de serpientes de cascabel.

En fin, como todo cansa, hasta el silbar, el señor Galileo Copérnico alejó su llave de los labios, y como él solo turbaba el silencio, reinó el silencio de nuevo.

Aprovechóse de él para avanzar hasta las candilejas, y después de haber saludado con una dignidad suprema, dijo:

— Milores y señores, ¿imagino que no es á mí á quien se dirigen esos silbidos?

— Á ti y á Fafiou, gritaron cien voces.

— Sí, sí, sí, á los dos, repitió la multitud. ¡Abajo Copérnico! ¡abajo Fafiou!

— Milores y señores, repuso Copérnico luego que se restableció el silencio, sería injusto que me culpaseis de ese retraso que os molesta, porque á las cuatro en punto, vestido con mi traje de Casandro, estaba pronto á parecer delante de vosotros.

— ¡Pues bien! entonces, ¿por qué no habéis parecido? gritaron las mismas voces. ¿Dónde estabais? ¿qué haciais?

— ¿Dónde estaba y qué hacía, milores y señores?

— Sí, sí, sí, ¿dónde estabais? ¿de dónde viene ese retraso? Faltáis al público. ¡Excusas, excusas!

— ¿De dónde viene ese retraso misterioso? ¿de dónde viene, milores y señores? ¿Es preciso decíroslo?... Sí, creo que es preciso daros esa prueba de deferencia.

— Hablad, hablad, hablad.

— Pues bien, puesto que es preciso decíroslo, este retraso procede de una desgracia inmensa, espantosa, inaudita, que le ha sucedido hace un instante á vuestro artista predilecto, á nuestro camarada, á nuestro amigo Fénix Fafiou, que, como todos saben, debía desempeñar el papel de criado, papel indispensable en un pieza de dos personajes solos, y en la que el criado desempeña el primer papel.

Efectuóse en la multitud un gran movimiento, que probó que no era insensible á la desgracia que le había sucedido á Fafiou, cualquiera que ella fuese.

Copérnico hizo seña de que deseaba continuar, y los espectadores, que tenían prisa porque se les sacase de su angustia, se apresuraron á guardar silencio.

Casandro continuó:

— Pero ¿qué desgracia le ha sucedido á Fénix Fafiou? vais á preguntarme con una sola voz.

— Milores y señores, le ha sucedido una desgracia, como puede sucederle á uno de vosotros, á mí, á ese caballero, á aquella señora, á nuestros amigos y á nuestros enemigos, porque todos somos mortales, como me lo decía un día confidencialmente el señor príncipe de Metternich.

Nuevo tumulto en la multitud.

— Sí, milores y señores, exclamó Copérnico aprovechándose de la sensación producida por sus palabras para

apoderarse completamente de la multitud. Sí, Fafiou, vuestro artista querido, ha muerto hace un momento.

Al oír aquella noticia, muchos espectadores y gran número de espectadoras, lanzaron un lúgubre y largo gemido.

Copérnico dió gracias á la multitud con la mano y la mirada, y continuó:

— Hé aquí el hecho, milores y señores; el hecho, despojado de todo artificio, y puesto delante de los ojos, en toda su terrible sencillez.

Se había notado con inquietud, hace algún tiempo, que Fafiou se retiraba á los rincones, que Fafiou estaba triste, que Fafiou enflaquecía, que tenía ojeras visibles, que los pómulos de sus mejillas se tornaban cada día más rojos y más salientes, que los dientes se descarnaban y la barba se acercaba insensiblemente á la nariz, que semejante á la del desgraciado padre Aubry, á quien he conocido á orillas del Mississipi, se inclinaba tristemente hacia la tumba.

¿Qué tenía Fafiou?

¿Qué dolor punzante destruía sordamente á este artista privilegiado?

¿Se deterioraba su estómago?

¿Se debilitaba su pecho?

No, el desarrollo físico de Fénix Fafiou había concluido.

¿Era la miseria, la simple miseria, la que le perseguía? ¿Se veía obligado á ir por las calles con la cabeza desnuda por falta de sombrero, á marchar con los pies desnudos por falta de zapatos, á ir en mangas de camisa por falta de casaca?

No, habéis podido convenceros de ello por vosotros mismos; Fafiou tiene un tricornio nuevo, zapatos nuevos,

vestido nuevo, que le he autorizado para que lo cogiese entre mis vestidos viejos.

¿Tenía Fafiou que llorar algún pariente querido, llevaba en el fondo del corazón el duelo por la muerte de su padre ó de su madre, había muerto su tío sin dejarle nada, ó su sobrino dejándole deudas?

No, señores, Fafiou no tenía padre ni madre; Fafiou no tenía tía; Fafiou no tenía sobrino; Fafiou no tenía familia.

Pero entonces, preguntaréis, milores y señores, entonces, ¿qué tenía Fafiou?

¿Qué tenía, señores, qué tenía?

— Sí, sí, ¿qué tenía? gritó la multitud.

— Tenía lo que todos estamos expuestos á tener, grandes y pequeños, ricos y pobres; Fafiou tenía penas en el corazón.

Fafiou estaba enamorado.

Oigo algunos militares murmurar: eso no es verdad, Fafiou tiene nariz de trompeta, y nadie se enamora con una nariz de trompeta.

Me permitiré decir á esos señores militares de todos grados, desde los cabos hasta los mariscales de Francia, que me parecen injustos respecto á la nariz de Fafiou, y al instrumento sobre que está modelada.

— ¿Por qué injusticia, el hombre que tuviese la nariz de trompeta, había de permanecer extraño á las felicidades de este mundo, y cuál es la ley divina ni humana que concede el privilegio exclusivo de la voluptuosidad á los que tienen la nariz en forma de pico de papagayo, con detrimento de los que la tienen en forma de cuerno de caza.

Os concedo que Fafiou, en la parte de la nariz, está for-

mado incompletamente; pero en cuanto á lo demás, Fafiou es como los demás hombres.

Y por una nariz más ó menos aguilena, más ó menos remangada, le decís: vete, y le soltáis la palabra *raca* (imbécil).

¡Puf! señores, no penséis en ello seriamente; Fafiou puede ser impropio; pero Fafiou no es insensible al amor.

Y lo que lo prueba, milores y señores, es, que como he tenido el honor de deciroslo, Fafiou está enamorado, loco enamorado.

Tal era, milores y señores, el secreto del enflaquecimiento y la melancolía de Fafiou.

¿Qué hizo? ¿qué imaginó el desgraciado?

No pienso en ello sin temblar, ni os lo digo sin estremecerme.

Pensó destruirse por medio del agua, de la pólvora, del fuego, de la cuerda, ó del veneno.

No faltaban, pues, á Fafiou medios para cumplir su siniestro proyecto. Al contrario, no tenía otro embarazo que el de la elección.

Pero hay medias y medios, como me lo decía confidencialmente el señor conde de Nesselrode.

En primer lugar, tenía, como hemos dicho, el medio del río, el río corre para todo el mundo, y Fafiou podía lanzarse al agua desde el puente de Nuestra Señora.

Pero pensando con terror que sabía nadar, y que el termómetro señalaba diez grados bajo cero, comprendió que no se ahogaría, y que adquiriría un reuma.

Debió, pues, renunciar á un género de muerte abierto para cualquiera otro y cerrado para él.

Tenía el medio del arma de fuego, podía abrasarse el

cerebro, levantarse la tapa de los sesos; pero Fafiou reflexionó que tenía tanto miedo á la detonación, que en el momento en que se dejase oír el tiro, huiría con toda la velocidad que sus piernas le permitiesen, de modo que la bala partiría por el aire, y volvería á caer sin haberle tocado.

Tenía el medio de fuego; podía, como Sardanápalo, acostarse sobre una pira, hacerse llevar allí su desayuno, su almuerzo ó su comida; poner fuego á la pira, y hacerse consumir, consumiéndose; pero recordando, por una parte, que se llamaba Fénix Fafiou, y habiendo, por otra, leído en Plinio y en Herodote, que el fénix renacía de sus cenizas, le pareció completamente inútil morir el domingo, para renacer el lunes ó el martes.

Tenía el medio de la cuerda, ó dicho de otro modo, podía ahorcarse; pero pensando de repente en la multitud de personas, cuya felicidad iba á hacer, dejándoles aquel talismán infalible que se llama la cuerda del ahorcado, vino á rozar sus labios una sonrisa de misantropía, y renunció á este filantrópico medio.

Quedaba, pues, el veneno, el veneno fatal, el veneno sombrío; porque, señores, que sea el veneno de Mitridates, el veneno de Anibal, el veneno de Locusta, el veneno de los Borgias, el veneno de los Médicis, ó el veneno de la marquesa de Brinvilliers, el veneno siempre es veneno, como me lo decía un día confidencialmente el señor príncipe de Talleyrand.

Detúvose, pues, en este último medio, en el veneno fatal, en el sombrío veneno; y cuando le vi llegar, hace un momento, pálido, desfigurado y jadeante, que daba miedo verle, temblé de pies á cabeza, y adiviné á primera vista que acababa de suicidarse.

Le pregunté, en consecuencia, con afecto :

— ¿Qué tienes, pues, bribón, para hacernos aguardar así al público y á mí, hace una hora?

— Mr. Copérnico, me respondió Fafiou, he puesto fin á mis días.

Esta franqueza me conmovió.

Pero al mismo tiempo debí confesar, que me admiró una cosa. El saber de su propia boca la deplorable noticia de su muerte.

Pero como he visto cosas cien veces aún más sorprendentes que ésta, continué mis investigaciones.

— ¿Y de qué modo, le pregunté con voz muy conmovida para mi edad y para mi posición, y de qué modo has puesto fin á tus días?

— Envenenándome, me respondió Fafiou.

— ¿Con qué?

— Con veneno.

— Confieso que esta respuesta me pareció, en punto á sublimidad, que dejaba muy atrás al *que muriese* del antiguo Horacio, y al *yo* de Medea.

— ¿Y dónde has encontrado el veneno? le pregunté con la calma de un hombre que conoce ciento treinta y dos clases de contraveneno.

— En el armario de vuestro dormitorio, me respondió Fafiou con voz cavernosa.

Al oír aquellas palabras, se enderezó mi peluca sobre mi cabeza: y mi barba, que acababa de hacerla, brotó súbitamente; palidecí de la cabeza á los pies, y oscilé sobre mi base.

— ¡Desgraciado! exclamé con palabras entrecortadas, te había prohibido abrir ese armario.

— Es verdad, Mr. Copérnico, me respondió Fafiou con

aire desesperado, pero os había visto encerrar en él los dos tarros.

— ¿Pero no te había prevenido, miserable, que aquellos dos tarros contenían marmelada de arsénico, que el gran Shah de Persia, cuyo primer médico soy, me había mandado á pedir para desembarazarse de las ratas que infestan su palacio?

— ¡Lo sabía! respondió Fafiou con una energía salvaje.

— ¿Y has comido uno?

— He comido los dos.

— ¿Hasta los tarros?

— No, señor, su contenido.

— ¿Todo entero?

— Todo entero.

— ¡Desgraciado! exclamé.

Y repetí tres veces este adjetivo, que me parecía que caracterizaba á las mil maravillas la situación de Fafiou.

Pues bien, milores y señores, este envenenamiento, la causa que lo ha producido, los incidentes de diferente naturaleza que han sido su consecuencia, las lágrimas que el suicidio de Fafiou ha hecho brotar, como el chorro de una fuente, de los ojos de todos sus camaradas, estas cosas y otras muchas más aún, señores, que es inútil que las ponga en vuestro conocimiento, han retardado momentáneamente, con gran pesar mío, la representación. Si no sois despiadados, como me complazo en imaginarlo; si cierta emoción producida por este deplorable relato, hace estremecer vuestros corazones en el fondo de vuestros pechos, perdonaréis fácilmente este retraso por causa de muerte, y nos permitiréis volver á emprender tranquilamente el curso de nuestras representaciones, presentándoos esta noche, como lo anuncia el cartel, la pieza titulada:

DOS CARTAS MUY URGENTES;

*Comedia en un acto.*

En la que Fénix Fafiou desempeñará el papel de Gil, y vuestro servidor el de Casandro.

— Pero me diréis (las grandes reuniones abundan en preguntas inesperadas), pero me diréis: ¿cómo es que por una parte, Fafiou se ha suicidado, y por otra, y no obstante el suicidio, desempeñe el papel de Gil?

La respuesta es fácil, milores y señores, y he resuelto en muchas cortes de Europa, y particularmente en la corte de las Fuentes, preguntas mucho más insolubles que la que me hacéis el honor de dirigirme.

En efecto, milores y señores, pocas palabras me bastarán para explicaros este problema.

¿Algunos de vosotros han oído hablar de la glotonería proverbial de Fafiou? ¿Hay nadie de la sociedad que no le haya encontrado en las encrucijadas de la capital masculando ciruelas, nísperos, nueces ó castañas?

La influencia desastrosa que esta incesante absorción de fruslerías ha debido necesariamente tener sobre el tubo intestinal de nuestro desgraciado amigo, no quiero sondearla, á nadie pido informes respecto á ella, no quiero conocerla.

Pero la influencia de esta glotonería inmoderada respecto á mi armario, hé ahí lo que no podría pasar en silencio; hé ahí lo que no necesito preguntar á nadie; hé aquí lo que yo mismo conozco perfectamente.

Habiendo creído comprender que había llegado el tiempo de tender un lazo á la ruinosa glotonería de Fafiou, me puse á reflexionar acerca del modo de tendersele.

Comprenderéis muy bien que no se ha bebido vino blanco con los más distinguidos diplomáticos del continente, sin haber conservado un reflejo de su astuta perspicacia y de su maravillosa imaginación.

Una princesa extranjera, á la que había tenido el honor de salvar la vida en una enfermedad en que había sido desahuciada de todos los médicos, me había enviado al fin del otoño último dos tarros de dulce de pera, dulce por el que en un momento de abandono le había confesado mi debilidad.

Pero recordando al instante que el nombrado Fafiou, que es apasionado á todas las cosas de comer, lo era aún más particularmente que yo al dulce de pera, resolví tender un lazo á la credulidad de ese bufón, y le confié, bajo el sello del secreto, que aquellos dos tarros estaban llenos de una jalea de arsénico, compuesta especialmente por mí para el gran Shah de Persia, con el objeto que os he dicho.

Entonces no tenía Fafiou proyectos siniestros contra su persona, y se estremeció con sólo ver los tarros.

Pero después, habiendo caído en la desesperación que os he dicho, pensó en aquellos dos tarros, al principio con un terror, menos grande en seguida, y á medida que se familiarizaba con la idea de la muerte, sin terror, y por último, cuando se familiarizó del todo con aquella idea, con alegría.

Ahora lo comprenderéis todo, milores y señores. Llegado al colmo de la desesperación, y decidido á suicidarse, comió Fafiou los dos tarros, que contenían cada uno una libra de marmelada.

Los primeros síntomas fueron los del envenenamiento. Pero gracias á los pronto remedios que he prestado á su situación, creo poder responderos que la vida de nuestro

